

TELA CORTADA

Lo que fuere, sonará

SEMENARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Año I. • Número 0

* MADRID - BARCELONA *

1.º Marzo, 1895

Precio: 20 céntimos

NUESTRO PROGRAMA

Que ¿á dónde vamos?

Que ¿qué nos proponemos?

Pues, tiene la palabra D. Mariano de Cavia:

PLATO DEL DÍA

La higiene y el periodismo

O sea:

«Segundo acto de la misma.»

En mi artículo de ayer di el primer golpe á la higiene, relacionándola con la religión.

Hoy me toca relacionarla con el periodismo, para que se vea que no me duelen prendas, y que así en lo eclesiástico como en lo seglar, para mí todo el monte es orégano... é higiene.

En eso me diferencio de los hombres que en nuestra tierra rigen y administran el Estado, la Provincia y el Municipio. También para ellos es orégano todo el monte, y aun lo que está debajo del monte (el suelo y el subsuelo); pero lo que es la higiene—tanto en lo moral cuanto en lo material—les tiene perfectamente sin cuidado.

¡Tas de salopes! que les dirían en Paris.

Mientras les llega su San Martín como es de ley, atengámonos á nuestro tema, que en el presente artículo se reduce á dar noticia de una novedad periodística, no menos *curiosa*—en el doble sentido de la palabra—que las novedades eclesiásticas de mi crónica anterior.

Dos distinguidos barceloneses, pues solamente en Barcelona pueden surgir y realizarse proyectos dignos de ingleses ó de *yankees*, me han hecho la merced de darme cuenta de una idea, que está llamada, ó mucho me engaño, á lograr feliz y rápido suceso.

Estos señores, don D. M. N. y don E. L. (y no publico sus nombres, porque no sé si tanta publicidad les sería desagradable), me han enviado

una muestra de un semanario ilustrado que se proponen dar á la estampa, y que además de ser un excelente periódico, será... un excelente pañuelo de bolsillo.

Esa, esa es la higiene práctica, y no la puramente teórica de la *Asociación eclesiástico-sanitaria*.

Porque el tal pañuelo, sobre contener doce páginas de interesante lectura y amenísimos dibujos, y estar admirablemente estampado en un cuadrado de tela superior—con su jaretón y todo—no costará más que veinte céntimos de peseta.

Es decir, dos perros grandes... y las narices libres.

Me parece que es imposible poner más al alcance de todas las fortunas la lectura, el dibujo, la actualidad, la estampación, el tejido catalán y el aseo del individuo.



Yo he mandado lavar y planchar el número de muestra que se me ha enviado (previa una aplicación nasal de las más eficaces) y ha quedado el

periódico como nuevo... ¡Cómo el fénix que renace de entre sus cenizas! ¡Cómo el alma que revive en un mundo mejor!

Me siento lírico, pero el asunto no es para menos.

Si la tela y la estampación son en adelante como en el número de muestra, y si el texto y dibujo responde á los deseos de los fabricantes-editores, ó editores-fabricantes, de fijo será inmenso el éxito de *El Moquero*.

¿*El Moquero*?

¡Vaya un título grosero!

Así dirá el lector (y en verso, para dar la razón á Manuel del Palacio en lo que ha dicho al recibirse de académico); pero grosero y todo, es el primero que se me ocurre para bautizar el novel semanario de bolsillo.

Porque es el caso que el pañuelo, digo, el periódico no tiene nombre todavía, y sus señores padres han llevado la amabilidad hasta el extremo de escogerme por padrino de la criatura, y pedirme que elija yo el nombre que haya de ostentar: nombre naturalmente «sonoro y significativo».

¡Sonoro!

Esa condición la tendrá de «suyo» el nuevo semanario, y nadie se la podrá arrebatarse; porque si no es éste, ¿qué periódico ha de venir aquí dispuesto á hacer *una que sea sonada*?

Su programa, conciso y modesto, pero categórico y terminante, debe ser este: *Lo que fuere, sonará*.

Confieso que el título de *El Moquero* no es de un gusto muy ático ni de una suprema distinción; pero los franceses, que presumen de poseer el idioma más culto, espiritual y refinado del mundo, llamarían á este periódico *Le Mouchoir Illustré*, ó *Le Mouchoir Amusant*, ó *Le Mouchoir Moderne*, porque la palabra *mouchoir*—literalmente *moquero*—está admitida allí hasta en el lenguaje poético, desde que Víctor Hugo la impuso en el más famoso de sus dramas románticos.

Si los editores gustan de otro título más modesto y más cómico, tampoco estaría del todo mal el de *El Moco de Pavo*.

Así dirían los compradores, contentos de su adquisición:

—No, pues no es «moco de pavo». Más bien es moco... ¡de amigo!

En otros tiempos hubiera llevado el nombre de *Gaceta de Holanda*, con bastante más propiedad que la de ese antiguo y famoso título; y nadie más indicado para dirigir su publicación (si mi malogrado y simpático amigo viviera aún) que el señor Rodríguez Batista.

Puede intitularse también *Tela cortada*, y si no fueran denominaciones más propias del teatro que del periodismo, me atrevería á señalar las de ¡*Venga tela!* ó ¡*Bonito percal!* ó ¡*Idem de lienzo!*

No dirán mis dos amigos de Barcelona que no

les doy títulos á elegir para este «catecúmeno» llamado tal vez á inaugurar la era de la lencería periodística: innovación que nos traerá el día menos pensado *La Sábana Festiva*, *El Delantal Católico*, *El Peinador de la Democracia*, y *El Pañal de la Dinastía*.



Los aficionados á la prensa en general, ó á determinado periódico, encontrarán de esa suerte lo útil unido á lo agradable; y el enemigo, en cambio, podrá darse el gustazo de ensuciar cuantas veces quiera *El Pañal* ó *El Peinador*, y de añadir encima:

—¡A ver! ¡Que den á este periodicucho un buen jabón!

No será la primera vez que se vea á la prensa en los lavaderos.

En peores sitios suele verse, ahora que la tela no ha destronado todavía al papel.

De lo que deben huir mis amigos y compadres—ya que me declaran padrino—es de títulos que se refieran poco ni mucho á las narices.

A ellas se llevará el periódico casi todo el que lo compre; ¿pero es que un pañuelo no sirve más que para ese uso?

Sirve también para agitarlo en las ovaciones populares y en las despedidas amorosas.





Sirve para llevar las avellanas y las azofaifas que compra usted á su novia en la feria ó en la verbena

Sirve para guardar los documentos diplomáticos que se envían al Garnit.

Sirve para que un concejal se gane la gran silba ena Plaza de Toros.

Sirve para sacudir el polvo al sombrero; sirve para limpiar el sudor; y sirve, en suma, para enjugar el llanto!

¿Cabe plicación más noble y consoladora que esta última?



No por ser de calidad superior á la de los «pañuelos» ya existentes, se librará este nuevo de análogos destinos... Tardará más en sufrirlos



cada ejemplar, es decir, cada pañuelo; pero ¡ay! acogido al principio con delicia en nombre del progreso periodístico y de la higiene personal, al fin lo dejaremos hecho un trapo.

¡Triste fin el fin de los productos del pensamiento humano... y de la lencería nacional!

MARIANO DE CAVIA.

Teniéndole en cuenta, y fijándome asimismo en que la nonata publicación ha de tener un carácter predominantemente festivo y regocijado, yo la denominaría... *El Paño de Lágrimas*.

¿Que eso es cursi y presuntuoso?

Quizás; pero háganme ustedes el favor de decirme qué clase de lágrimas se seca uno con el papel actual.

LA SEMANA

Con la llegada de los reyes de Portugal ha revivido en nosotros el deseo de los placeres. Ya nos habíamos olvidado de los festejos, ya nadie pensaba más que en arroparse, dada la crueldad de la temperatura; pero de pronto llegaron los monarcas lusitanos y el júbilo renació en nuestros corazones.

Por de pronto, el jueves todo Madrid asistió á presenciarse el desfile, y la mayor parte de los vecinos almorzaron de mala manera. En algunas casas se pegó el arroz; en otras se achicharraron los filetes, y muchos esposos montaron en cólera.

—¿Qué me dais aquí?—preguntaba uno, metiendo las narices en el plato.

—Hígado frito,—contestaba la esposa, quitándose la mantilla, de vuelta del desfile.

—Esto no es hígado: esto es koc.

—Bueno, pues ten paciencia. En un día como este no tiene nada de particular que almorcemos de cualquier modo. La chica ha bajado á ver á los ilustres viajeros, porque tenía mucho empeño en conocer á la reina de Portugal, y, mientras, se le quemó todo el hígado.

—A mí se me están quemando las entrañas. ¡Mal-dita sea mi suerte!

Si hubiera más fe monárquica y más amor á los seres augustos, no gruñirían los esposos por un «quí-tame allá ese hígado», pero hoy reina el descreimiento y la indiferencia.

Los ilustres huéspedes han tenido un recibimiento respetuoso, pero no hubo manifestaciones de entusiasmo, ni gritos de júbilo, ni estremecimientos de dicha reconcentrada; lo cual produjo cierto malestar entre algunas personas que aman profundamente todo lo que brilla.

—Es una falta de consideración muy grande no dar vivas á los monarcas extranjeros,—decía uno en el café.—Aquí se van perdiendo todas las virtudes que nos enaltecían. En mis tiempos había otro entusiasmo

y otra manera de recibir á los personajes. Recuerdo que estuvo aquí en una ocasión el rey de Italia, y el pueblo no sabía qué hacer con él. Mi señora, que en paz descanse, le tiró el manguito en un momento de frenesí, y un gentil hombre, sin poderse contener, le dió dos besos en la calle del Arenal.

Tenía razón el caballero, se han acabado las manifestaciones entusiásticas y los grandes sacudimientos del espíritu popular. Lo más que hacemos es salir á la calle y ver si obtenemos billete para la función regia que se prepara.

Aquí están los infelices ministros de Estado y Fomento que reciben todos los días y no tienen momento de reposo. A casa de Linares Rivas acuden diariamente todas las familias gallegas con residencia en esta capital, en solicitud de billetes, y el hombre se ve y se desea para librarse de su persecución.

—Dígale usted á D. Aureliano que está aquí Pepe Chouchiños, el de Santa María de Ortigueira,—dice uno dirigiéndose al ayuda de cámara del ministro.—Vengo á que me haga el favor de cinco butacas y dos paraísos. Recuérdele usted que hemos sido compañeros de instituto, y que yo fui quien le ayudó á arrancarse una muela en la clase de matemáticas.

A casa del duque de Tetuán acuden los de Castellón con idéntica solicitud, y hay quien ha escrito desde Madrid al famoso *Pantorrilles*, el cacique electoral de aquel país, diciéndole:

«Usted que tanto influye en el ánimo del ministro, puede dispensarme un favor inmenso. Se trata de conseguir cuatro billetes para la función del Real pues quiero que mi señora y mis cuñadas vean d

¡No dormirse!





cerca á los Reyes. Desde que estamos aquí no hemos visto más que el teatro de Apolo, el Museo de Historia natural y el portal de la Equitativa; mañana van á llevarnos á ver el Ayuntamiento, que dicen que es cosa preciosa, y las Tullerías para que probemos la sopa de hierbas; pero no quisiéramos volvernos á Benicarló sin conocer á los reyes personalmente y oírles hablar.»

A estas fechas ya se han repartido muchos billetes y se han satisfecho muchos compromisos; pero así y todo, hay gran número de personas descontentas, entre las cuales figuran las señoritas de Agualimón, que están acostumbradas á ir de gorra á todas partes. Cuando se verificó la cabalgata de los gremios estuvieron en Gobernación, valiéndose de la amistad de un escribiente. Para ver la cabalgata histórica cuentan con los balcones del Ayuntamiento, donde suelen repartirse helados, pastas y otros comestibles apetitosos, y las de Agualimón se ahorrarán el almuerzo, según costumbre.

Hace pocos días que estuve en su casa, y allí me enseñaron varios recuerdos de su pasada dicha.

—Mire usted, esta yema la conservamos en memoria del día en que se casó D. Alfonso. Fuimos á verle pasar desde los balcones de Hacienda, y nos obsequiaron muchísimo los funcionarios públicos. Este caramelo nos lo regalaron en Gobernación cuando estuvieron aquí los archiduques de Austria. ¿Ve usted

esta pera? Pues nos la dió un concejal el día de Corpus.

—Y además tenemos varias servilletas, —añadió la madre.—Siempre que hay ocasión nos traemos alguna á casa, como recuerdo.

Con motivo de la función regia que prepara Vco en el Español, se han recibido en contaduría recaos del tenor siguiente:

—De parte de D. Isidoro Vázquez, el senador por derecho propio, que me den ustedes un palco.

—Ahí va. Son 125 pesetas.

—¿Cómo? ¿No los dan de balde?

—No, señor.

—¿Qué escándalo! ¿Conque es decir que un senador por derecho propio no puede entrar en el teatro, tratándose de una función regia? ¡Es lo que me quedaba que ver! Voy corriendo á decírselo, y quiera Dios que no tengan ustedes que sentir.

Y el emisario se iba echando demonios porque aquí, ya se sabe, el que es senador, ó gentil hombre, ó diputado provincial, ó regidor del municipio, se cree con derecho á entrar de gorra en todas partes, ni más ni menos que las de Agualimón, coleccionistas de confituras y servilletas.

LUIS TABOADA.

(De Madrid Cómico.)

VINOS FINOS DE JEREZ Y SANLÚCAR

ANÍS Y COGNAC

Carvajal y Hernández

(antes J. López de Carvajal)

PUERTO SANTA MARÍA

Exportación á provincias y Ultramar

Pidan AMONTILLADO BAILÉN de esta marca

LAS PASTILLAS BONALD
CLORO - BORO - SODICAS
á la cocaína.

son el mejor medicamento que se conoce hasta hoy, para la curación de las enfermedades de la boca y de la garganta. Los médicos las recetan y el público las busca distinguiendo de los plagios.—2 pesetas caja, en la Farmacia del autor.

17, Gorguera, 17 — MADRID

SOBRINOS de CIMARRA

SASTRES PARA NIÑOS—Carmen, 4, Madrid

Han recibido de Londres las últimas novedades

GRANDES
ALMACENES DE **SANTA CRUZ**

NOVEDADES DE OTOÑO É INVIERNO EN

SEDERÍA, LANERÍA Y ADORNOS

ULTIMOS MODELOS CONFECCIONADOS DE PARÍS EN

Manteletas Pardesús, Levitas tailleur, Pelerinas é Impermeables, etc.

1, PLAZA DE SANTA CRUZ, y BOLSA, 16

◆ TELÉFONO 125 ◆



UN ARREGLO

—¿De modo que por fin sus arreglastis?
—Pues hombre, claro está. ¡Lástima fuera que siendo yo quien soy, y haciendo un año, pa primeros de mes, que hablo con ella, me andara entoavía con tontunas lo mismo que un muchacho de la escuela!
—¿Pero cómo lo hicistes?

—La otra noche me llevé yo á su madre á la taberna del *Chupón*, y la dije: «Señá Ulalia, tome usted lo que quiera por mi cuenta y hágame usted el ocsequio de escucharme, que la voy á decir cosas muy serias.» Pidió un huevo cocido y media rosca, porque es muy bien mandada, y le molesta que la digan las cosas muchas veces, y en seguida la hablé de esta manera: «Yo á su chica de usted la aprecio mucho desde el año pasao, porque aunque es tuerta y según se murmura por la calle no ha dejao de tener sus cosas feas, á mí me hace el avío, y por lo tanto lo demás me se importa una lenteja. Asi es que cualquier día yo podría pasarme á la muchacha por la iglesia con toos los documentos necesarios pa que el cura de tanda nos unciera; pero esto, francamente, señá Ulalia, no le conviene á usted, ni á mí, ni á ella por muchismas razones. Supongamos que, después de casaos, pesco á la Pepa faltando á su deber, lo cual es fácil; pues resulta que me hace la merienda, porque la doy un golpe, pero tengo que seguir á su lao haciendo el bestia, y no puede haber paz en la familia ni un minuto ca día tan siquiera.

Ya sé que en cuanto usted se coma el huevo va á decirme que el hombre que ve y piensa, si llega un caso así, se desparta; pero como la ley, cuando no hay pruebas, obliga á que el casao al hacer eso pague la mantención de su parienta, velay usted. De modo, señá Ulalia, que opino que debemos, yo y la Pepa, vivir amontonaos un par de meses pa ver si congeniamos, y así queda ca cual libre pa hacer, como usted sabe, su santa voluntaz. ¿Que ella se entrega más de lo regular á los licores, lo mismo que hace usted, ó que se piensa que yo soy un milano de provincias y voy á trabajar pa mantenerla? Pues no se pierde na, porque la cojo y se la mando á usted con la licencia. ¿Que la Pepa es honrada y yo me canso de tenerla á mi lao, por lo que sea, lo cual tampoco digo que no ocurra? Pues ídem, ídem, ídem y ecetera. A mí me se figura que la chica no ha de portarse mal, si tiene en cuenta que desde que la trato no he podido hacer más sacrificios por mor de ella. Yo la he comprao á plazos, por mi gusto, un ojo de cristal pa que no tenga que ponerse el rajao de toos los días cuando vaya conmigo á cualquier fiesta; yo la entregué antinoche treinta céntimos, sin esperar que usted me los pidieran, pa que mande arreglarse los zapatos, porque entristece el ver cómo los lleva; y estos aztos, señora, no se olvidan cuando uno tiene un poco de vergüenza.»
—Aquí llegaba yo, cuando la pobre me se cayó de bruces en la mesa y prencipió á roncar, porque tenía un pedazo de curda de primera; conque la di un capón pa espabilarla, y después de rascarse la cabeza,



ya sabes tú por qué, me dijo, dice:
«Niceto, usted es un hombre de conciencia
y sabe usted tratar á las señoras
con muchísimo decoro; de manera
que puede usted llevarse la muchacha
por una temporá, si le tié cuenta,
que yo sé que ha de hacer la pobre chica,
por darle gusto á usted, too lo que sepa.»

—Así es que la he cogido y ahí la tengo
trabajando lo mismo que una bestia
pa llenarme el monago, hasta que salga
otra que gane más y me convenga.

—¿Ande vivís?

—Salitre, ciento doce,
tercero, corredor de la derecha,
número diez y seis.

—Chico, me alegro.

—Ves por allí, Ramón, pa que la veas.

—Sí que puede que vaya.

—Cuando gustes.

¡Ah! Te debo azvertir, pa que lo sepas,
que sólo estoy en casa por el día.

—Entonces, cualquier noche voy á verla.

J. LÓPEZ SILVA.

LA CAPA DE MEFISTÓFELES

La cena había sido suculenta y opípara, rociada por un aguacero de Champagne, y así salían todos del baile con las cabezas arremolinadas y ardiendo, mal tapadas ellas, mostrando bajo sus abrigos y toquillas los colorines de sus trajes de máscara, sin abotonar los gabanes ellos, con el despeinado sombrero de copa tirado hacia atrás.

Pero ninguno de los seis se mostraba tan dichosamente locuaz como el encantador Mefistófeles femenino de la partida. Sus dos compañeras de baile, una alsaciana y una pierrette, bromeaban y reían del brazo de sus caballeros; pero el diablillo rojo, en-

vuelto en su larga capa de paño grana, con la espada al cinto, iba de unos á otros como una mariposa, sin que su acompañante la pudiera sujetar. Conociá-sela que el ambiente de fuego que acababa de dejar se le había subido á la cabeza, que el ambiente vino de la locura, metido dentro de su corazón, la mandaba su oleaje abrasador al cerebro. Así, reía á carcajadas, sin percatarse de que estaba en la calle, de que la población dormía, de que era de noche aún, siquiera fuese á amanecer; de que con su ruidoso alborozo turbaba la quietud de aquella hora temprana, en que no se oía en el silencio del sitio más que su vocecita fina y aguda y sus cuchufletas que hocaban, levantando un extraño y débil eco en las cerradas puertas de las tiendas y en las hojas encajadas de los balcones.

De pronto, el escandaloso Mefistófeles se detuvo, y espontáneamente se calló, con harto asombro de su caballero. La carcajada que comenzaba á stallar en los labios de la loca muchacha, no llegó al último límite de su ritmo. La aturdida máscara se acercó con paso cauteloso al muro de una casa; se inclinó hacia el umbral de un portalón y se quedó mirando algo con fijeza.

Un mortecino farol del alumbrado público vertía su luz, entibiada por la escarcha del cristal, sobre el portalón que la enmascarada contemplaba. Allí, hecho un ovillo, con las piernas y los brazos juntos, apoyando la cabeza en la jamba de piedra procurando liarse bien en sus andrajos, que dejaban en embargo, atravesar por los rotos el aire glacial de la noche, temblando de frío, perdido en la sombra, dormía un pobre niño con la misma placidez que su cuerpo-cillo descansara sobre blanda pluma. E cuando en cuando una ráfaga más helada hacía temecerse á la débil criatura, pero no por eso la tumbaba á su sueño profundo. La mano derecha tenía el rapaz metida en un bolsillo, como si instintivamente quisiera precaver el que le robaran los tres ó cuatro perros chicos, cosechados quizás horas antes, cuando la gente salió de los teatros.

Mefistófeles contempló un momento el cuadro,



En el Prado: —¡Vaya unas criaturas preciosas! —¿Le gustan á usted los niños? —Mucho, señora: sobre todo los ajenos. —Pues entonces, á casarse, amigo mío, á casarse cuanto antes.

mudo, rígido, inmóvil. Sus acompañantes, atraídos por la curiosidad, rodearon en silencio la puerta de la alcoba, y el muchacho, ajeno á semejante público, continuó durmiendo impasible. No pasaba nadie por la calle; ni siquiera la negra y muda pareja de guardias haciendo su ronda; á lo lejos, fugitivo, se distinguió el resplandor del farolillo del sereno que doblaba la esquina. La casualidad, que vela mientras los desamparados reposan, no había retirado su protección al infeliz gorrión sin nido.

De improviso, el diablillo rojo se quitó su larga capa de paño grana, y sin considerar que se quedaba en cuerpo, expuesta á coger una pulmonía, luciendo su traje de hombre y por ende sus líneas femeniles en plena calle, á punto de clarear el alba, se arrodilló casi sobre el dormido chicuelo y le tapó cuidadosamente con la prenda.

¡Qué locura! ¡No sabía lo que se pescaba! ¡El vino se le había subido á la cabeza! Todos á la vez quisieron impedir que la muchacha realizara su estrambótica acción; pero ella se irguió iracunda, con una serenidad terrible, echa una fiera, dejando abrigado al niño con el paño rojo, que contrastaba con sus pingajos, sin que el rapaz se despertara, y rechazando á sus camaradas les gritó con un acento que cortaba como una daga florentina:

—¡Dejadme! ¡No estoy bebida! ¡Es que he tenido uno igual, que se me murió de frío en otra puerta, mientras yo estaba baldada en el Hospital! ¡Pues si no le hubiera perdido, no hubiera cenado esta noche con vosotros!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.





CAPAS

impermeables, alhajas, relojes, gemelos para teatro, etc., los tiene muy baratos, de empeños vencidos, la muy acreditada casa de préstamos
Montera, 36, 2.º

LA HURÍ

CORSÉS

de lujo, á medida

39, Príncipe, 39—MADRID

VINO PEPTONA CATILLON

El mejor reconstituyente de las fuerzas, restablece el apetito y las digestiones.—Enfermedades del estómago.

SE CONSTRUYEN DENTADURAS sin extraer los raigones

GUIJOSA, DENTISTA

Para perfumar y hacer desaparecer los malos olores de las habitaciones, quemar el **prodigioso PAPEL VITORIA**, el más poderoso y económico de sus similares.

De venta por menor y mayor: **Grao, Perfumería Americana, Espoz y Mina, 26, Madrid.** Se remite por 4'25 pesetas una docena de libros. Por más cantidad se hace descuento.

ELEGANTES Y VARIADOS MODELOS DE COCHES PARA NIÑOS

Preciados, n.º 7

MAURICIO BING

Precios módicos

LOS que **TOS** tengan

por fuerte y crónica que sea, tomen las

PASTILLAS PECTORALES

del Dr. Andreu de Barcelona

y hallarán un prodigioso alivio, tan rápido y seguro, que casi siempre desaparece la

TOS antes de concluir

la primera caja.

Pídanse en las farmacias

Muebles

de todas clases

AL CONTADO

Construcción sólida

Y ESMERADA

Precios módicos

PLAZA SANTA ANA, 1

(esquina á la calle de Gorguera)

A. VALLEJO

Ebanistería, Tapicería, Colgaduras, Despachos, Alcobas, Comedores, Recibimientos

Calle Alcalá, 29 — MADRID

TELÉFONO 911

PAPELES PINTADOS

22, Arenal, 22

Primera casa de España en surtido, gusto en la decoración y economía en los precios. Especialidad en imitaciones á tapicería, á telas bordadas de todas épocas y á cartones cueros, copias de los antiguos de Córdoba, Italia y Flandes.

R. REBOLLEDO

CANTARES

Las fatigas que se cantan
Son las fatigas mas grandes,
Porque se cantan llorando
Y las lágrimas no salen.

Los mundos que nos rodean
Son los que menos me extrañan:
El que me tiene asombrado
Es el mundo de mi alma.

Los que la cuentan por años
Dicen que la vida es corta:
A mi me parece larga
Porque la cuento por horas.

AUGUSTO FERRÁN.

CHISMOGRAFÍAS

El otro día corrió una noticia... ¡horror!
Se dijo que á Bosch y Fustegueras le nombraban
Director de la Sociedad Arrendataria de Tabacos.
¡Con decir á ustedes que la gente se echó á la calle

á recoger colillas en previsión de un porvenir espantoso!

Al Marqués de Cerralbo le han regalado sus correccionarios una corona de hierro y plata.

Pero, ¿los marqueses de ahora usan corona para andar por casa?

Porque yo no he visto por la calle á ninguno que la lleve puesta.

Y para tenerla guardada en el baúl... ¡francamente!

Eso sí, los carlistas son oportunos como ellos solos. Dicen que esa corona es en desagravio del mal recibimiento que hicieron al Sr. Marqués en Valencia hace dos años.

¡Qué prisa se han dado en poner la venda!

¿Y qué me cuentan ustedes de los tres reyes magos Cos Gayón, Linares Rivas y Azcárraga?

Me alegraría de que los metieran en el Santoral, y así tendríamos seis reyes magos.

Tres, á quienes todos los años va el pueblo á buscar.

Y otros tres que andan buscando pueblo que los reciba.

Imp. de Henrich y C.^a, en comandita, Suc. de Ramirez y C.^a

